

**Alberto Hidalgo, *El zócalo de la realidad: obra publicada sobre el materialismo filosófico (1974-2017). El materialismo analógico de Gustavo Bueno, vol. I***

Oviedo, Eikasía, 2024, 412 pp. Colección Contemporánea

**Silverio Sánchez Corredera<sup>1</sup>**

Alberto Hidalgo tiene puestos sus intereses en múltiples campos. Pero conviene que ahora nos centremos —en el contexto del libro que comentamos— en dos de los anclajes que es preciso resaltar: la escuela del materialismo filosófico (MF) y la Sociedad Asturiana de Filosofía (SAF).

Él es uno de los representantes centrales del MF en las décadas del siglo XX. Aunque en el siglo XXI tiene lugar un cambio visible en Gustavo Bueno que alejará a Hidalgo de esa centralidad —historia que implica a muchos otros y que aún está por narrar atinadamente—, sigue siendo un importante baluarte del MF, una de sus variaciones y tal vez una bifurcación. Sea como fuere, mientras los procesos de investigación y de afianzamiento de doctrina —es decir, los *regressus* filosóficos— tenían lugar en el trabajo de esa escuela, los *progressus* los llevaba a cabo Alberto Hidalgo a pie de calle, en la inminencia de la didáctica y del activismo filosófico entre el profesorado, los alumnos y la mundana filosofía. Y ahí, la institución vertebradora de aquella práctica filosófica fue sin duda la SAF. Y, en esa relación entre ambas instituciones filosóficas, sobresale sin duda.

Prestigioso profesor de la Universidad de Oviedo, especializado en sociología del conocimiento y buen conocedor de la práctica totalidad de las disciplinas filosóficas, ya jubilado, es preciso dedicar algún comentario —de contexto— a su *anclaje mundano*.

---

<sup>1</sup> Una reseña similar, más breve, sobre *El zócalo de la realidad* de Alberto Hidalgo ha sido publicada en el suplemento *Cultura* del periódico *La Nueva España*, en su número 1488 de 17 de octubre del corriente año, en su página 2.



Alberto Hidalgo es fundador (en 1976) de la Sociedad Asturiana de Filosofía, la primera de carácter regional en España, junto con Pedro Caravia, Teófilo R. Neira, Vidal Peña, Manuel F. de la Cera, Juan Cueto Alas, Luis Javier Álvarez y Amelia Valcárcel. Este grupo promotor contaba desde el principio con el apoyo de quien más tarde será presidente de honor, Gustavo Bueno, la figura señera filosófica que por entonces estaba revitalizando la filosofía: la académica y la mundana. Primero fue secretario de la SAF y años más tarde presidente ejecutivo durante dos décadas, para dejar paso en el siglo XXI a otros más jóvenes, Jorge G. Nanclares, Román García, Javier Gil, y ahora Soledad García Ferrer, pero, y esto es lo que quiero resaltar, continúa como vocal hasta el presente, el único sin interrupción en medio siglo. ¿De dónde le viene la continuidad y la perdurabilidad a una institución? En muchos casos, este mantenerse en el tiempo y el consecuente crecimiento de la institución solo se hace posible a través de personas concretas que no retroceden y que afrontan las crisis de afianzamiento. Estamos, con Alberto Hidalgo, qué duda cabe, ante una de esas personas paradigmáticas, verdadero eje integrador.

Al lado de esta faceta, que va desde la coordinación de congresos internacionales hasta la activación de jornadas, de cursos de formación, olimpiadas, etc., pasando por su docencia universitaria y por la implementación de nuevos materiales para las asignaturas del currículo de filosofía, redactados en equipo, sin olvidar el paradigmático *Symploké* de 1987, de Bueno-Hidalgo-Iglesias, además de esto, decimos, destaca como uno de los que mejor conoce los detalles más arduos de las teorías que mantiene el MF. Lo que nos traslada de nuevo —hecho el encuadre— a nuestra reseña.

El libro que hoy comentamos, *El zócalo de la realidad*, primer volumen de dos ya redactados, es una selección de lo escrito sobre la filosofía de Gustavo Bueno a lo largo del último medio siglo, que, lejos de estar enmohecida por el tiempo, nos lleva de expedición por un actualísimo paraje intelectual que muy pocos pueden llegar a representar en su conjunto: el nacimiento, las etapas, los puntos doctrinales críticos, las ampliaciones y repliegues del MF. El conjunto disperso —solo en apariencia— queda muy bien cohesionado con los artículos de última factura e inéditos, resultando una totalidad uniforme, donde el hilo conductor de todas las páginas permanece el mismo: el de historiar la evolución doctrinal de Gustavo Bueno. Un trabajo que se despliega desde la cercanía personal que mantuvo con el creador del MF y desde el

conocimiento profundo no solo de lo publicado, sino de lo discutido en el interior de la investigación de taller y, en definitiva, del atento seguimiento de una deriva de ideas que hizo propia, de modo muy incondicional en las primeras décadas —sin dejar de ser crítico— y después con algunas reservas y frente a algunas tesis, fundamentalmente aquellas que resultaron del reenfoque sobre la función social de la filosofía ligada al *compromiso* político, que el maestro redirige en su última andadura.

En el libro podemos recorrer algunos de los momentos estelares del MF, en medio de escenarios biográficos y anecdóticos, pero no nos engañemos, no es una *novela*, es un balance sopesado del complejo despliegue de décadas de un sistema filosófico construido con un rigor formal de tal calibre que obliga a una lectura estudiosa más que a un *patinaje* cultural. El lector más sesudo agradecerá la gran erudición que acostumbra a desplegar Alberto Hidalgo.

A un lector ajeno al MF le servirá para informarse sobre varias de las doctrinas filosóficas defendidas por Gustavo Bueno, y a aquellos que ya conocen el MF les situará en primer plano ante las naturales tensiones dialécticas propias del filosofar. Y, en este sentido, cabe destacar algunos de los posicionamientos de Hidalgo que se fueron solidificando, para matizar o intensificar al maestro o a veces para disentir de él. Nuestro autor ha sido quien (seguramente) más ha insistido en el nexo entre noetología y gnoseología; entre la noetología inicial de Bueno y la gnoseología del cierre categorial que acaba asentándose como capital en el reino del Conocimiento. La lectura atenta de muchas páginas nos dará preciosas claves sobre este asunto. Otra aportación importante de Hidalgo tiene que ver con poner en un lugar destacado ciertas ideas esenciales de la filosofía de Bueno, como son las que siguen:

1) La materia (por supuesto), pero destacando una tensión introducida por Alberto Hidalgo entre el *zócalo* (material) y la *materia* que como tronco florecería desde el zócalo.

2) En segundo lugar, la identidad, frente a la diferencia preferida por la filosofía francesa.

3) También la dialéctica, sin la que el filosofar no se entiende: la dialéctica de Platón (*regressus-progressus*) hasta llegar a la de Marx (dialéctica social).

4) La analogía, verdadera metodología del maestro que, recuperando lo mejor de la escolástica, encuentra una de las claves del proceder filosófico; y de ahí que Hígalgo hable de «materialismo analógico».

5) Señalemos también el doble escalón que organiza el conocimiento a través de las metodologías alfa-operatorias ( $\alpha_1$  y  $\alpha_2$ ) y beta-operatorias ( $\beta_1$  y  $\beta_2$ ), jerarquía con la que Bueno establece las dos grandes diferencias de cierre categorial y que Hígalgo no solo destaca sino que colabora a profundizar con su estudio sobre las metodologías alfa-mertonianas ( $\alpha_2$ ) y beta-childianas ( $\beta_1$ ); análisis este sobre Robert K. Merton y Arthur Child, que le lleva a plantear una inversión en la antigua *centralidad* del conocimiento: las ciencias humanas han de abandonar el estatuto de *siervas* de las ciencias naturales y, al contrario, tenderán a ser centrales en el espacio gnoseológico.

6) Este planteamiento de *inversión* es el que le acercará a las posiciones de Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina frente a las de Gustavo Bueno, hasta el punto de postular expresamente la necesidad de que el MF se reestructure acudiendo a algunas rectificaciones que la estromatología urbiniana defiende.

Desde una lectura en perspectiva de futuro, este año del centenario del nacimiento de Gustavo Bueno —nuestro gran filósofo del siglo XX, junto a Ortega—, cabe destacar, entonces, que se hace abundante mención del *pulso filosófico* que viene manteniendo el maestro (ya fallecido) con quien es su discípulo más sobresaliente, Urbina, este ahora con un sistema propio, que sin negar una buena parte de lo esencial del MF ha tratado de desbordarlo y de solucionar sus puntos flojos. Alberto Hígalgo conoce bien a los dos, así que sus análisis son útiles para situarse en esa problemática de apostar en un sentido o en otro. Y para los más versados, es una ocasión de profundizar en los avatares de la imparable necesidad de reflexionar sobre el *presente*. Presente que hay que medir en años, pero también en décadas e incluso en siglos.

Conocedor y también parte activa de la Escuela de Oviedo creada por Bueno, como he dicho, articulista profundo, divulgador incansable, agudo cronista de la evolución de la escuela y comentarista crítico de las distintas ampliaciones que ha ido desplegando el MF, atento a sus logros sobre todo, pero también a lo que a veces apuntaba ser algún posible descarrío, encontramos sus mejores análisis y planteamientos como filósofo en sus libros, por ejemplo en *¿Qué es esa cosa llamada*

*ética?* (1994), pero de modo muy especial en el conjunto de artículos publicados en las revistas especializadas. Y este libro en dos volúmenes, *El zócalo de la realidad*, representa una selección de esos artículos profundos y críticos, que ayudan a enfocar mejor cuestiones trascendentales para la filosofía contemporánea.

Cabe caracterizar a Alberto Hidalgo como *cefalópodo* de la filosofía, por sus múltiples tentáculos, pero una definición que se ajustaría con más precisión sería la de reconocerle como un filósofo *estructural*. En la medida en que sus tentáculos han buscado incansablemente reordenar arquitectónicamente el espacio del saber —el especulativo pero también el práctico—, desde su escritura, de estilo dialéctico constructivo pero dotada de un notable pensamiento divergente, le vemos buscar formas de compenetración entre espacios filosóficos que se estaban alejando y a correlacionar niveles de análisis enfrentados pero que tal vez ocultaban homologías subyacentes en sus niveles, y que los análisis textuales parecían ocultar. Y esta reordenación es también práctica —además de especulativa—, decimos, porque la filosofía tiene para él una dimensión transformadora y, de ahí que la arquitectura de ideas en construcción que se fragua en la escuela o en el taller haya de ser puesta a prueba en ese *activismo* social que tanto caracteriza el quehacer multifacético de nuestro filósofo. Y de todo ello resulta una obra fundamentalmente estructural. Una estructura dialéctica compleja, nada fácil de representar.

Para acabar, recordemos que este primer volumen —aunque vemos también artículos actuales— abarca de 1974 a 2017, y que el segundo, de próxima edición, llegará hasta el presente, conteniendo ambos lo más importante de la reflexión de Hidalgo sobre Bueno, construido al ritmo del mismo acontecer histórico.

Y tras estos dos volúmenes centrados en «El materialismo analógico», el autor sacará a la luz «El materialismo dialógico», que posiblemente serán sus principales conclusiones —en mirada retrospectiva— sobre la aportación histórica de Gustavo Bueno, teniendo en cuenta los desarrollos ulteriores de sus discípulos y partiendo de sus propias posiciones actuales.

Leamos este libro, así pues, en una perspectiva amplia, como cara y cruz —onda y partícula—, la de las polaridades de la realidad, y a veces bifurcaciones necesarias, que el pensamiento dialéctico ha de intentar integrar en un universo filosófico lo más diáfano posible.

